

EL PENSAMIENTO NAVAL EN LA ROMA ANTIGUA¹

Víctor Larenas Quijada *
Contraalmirante

No se poseen textos de historiadores o pensadores de la Antigüedad latina o griega que hayan tratado este asunto. En Grecia, la marina ocupó una gran parte de las preocupaciones de los políticos, sobre todo después de la batalla de Salamina, pero dieron lugar a declaraciones de política naval sin referencias subyacentes a un pensamiento estratégico más afinado. Por otra parte, en Roma, para el ciudadano medio, la marina jugaba un papel secundario y quedaba menospreciada con respecto al glorioso servicio de las legiones. Por el contrario, los que tuvieron a cargo el destino de Roma, tanto durante la República como durante el Imperio, comprendieron la importancia de la marina y el primer Augusto tuvo la intuición de una estrategia naval a gran escala, a nivel Imperial.

El capítulo de la historia de Roma concerniente a la marina, tanto Republicana como Imperial, ha sido tratado con descuido por los historiadores de la antigüedad y sólo nos han quedado indicios imperfectos. El único autor que nos puede aclarar sobre el pensamiento naval romano del período republicano es Polibio (200-125 a.C.). Desgraciadamente, la parte de su obra que trata de la superioridad marítima, está perdida. En cuanto a Tito Livio (64 a.C. - 17 d.C.), su historia no aporta más que reseñas. Del mismo modo, los autores de la época imperial no están casi interesados en la creación de las flotas de Misena y Ravenna y, curiosamente, el mismo Augusto no dice

nada en la inscripción de Ancira, considerada como su testamento. Dion Cassius (II/III siglos d.C.), tampoco dice más. Estrabón (63 a.C. - 19 d.C.) forjó el concepto de talasocracia, que más tarde tendría gran fama, pero la pérdida de sus escritos impide apreciar la importancia de lo que estamos tratando. En cuanto a Suetonio (69-122 d.C.), informa que los romanos, con sus tenaces prejuicios contra la marina, han estimado que la existencia de esas flotas era para ellos un hecho desdeñable.

Sin embargo ciertos investigadores contemporáneos han intentado estudiar, no el problema del pensamiento naval romano, sino el reencontro de Roma con el mar y sus consecuencias.

La Marina Romana durante la República.

Los historiadores modernos están divididos en sus opiniones sobre este asunto y la mayoría de ellos responderá sin duda, negativamente. Sin embargo, se puede estimar que si los romanos no tuvieron un pensamiento naval estructurado y específico, por lo menos tuvieron que por la fuerza de las cosas, dar, importancia a la marina de guerra, teniendo geográficamente cercanos a pueblos como los etruscos o los griegos de Siracusa. ¿Acaso los primeros no tuvieron una holgada victoria sobre los focios entre 540-535 antes de nuestra era y los segundos la victoria de Himera sobre los púnicos en el 480, el año de Salamina? Jacques Heurgon hace notar que "se deja entrever en particular que Roma, antes de

* Destacado Colaborador, desde 1983.

¹ Y a-t-il eu une pensée Navale Romaine? de Jean Pages, Artículo contenido en la obra "L'Evolution de la pensée Navale III, bajo la dirección de Hervé Coutau-Begarie, de la Fundación para los Estudios de la Defensa Nacional, París, 1993.

dotar a Ostia de un puerto adecuado, utiliza la flota de Caeré para los fines de su política marítima naciente".² Al mismo tiempo, los romanos no desconocían la actividad de las marinas mercantes de las ciudades griegas de Campania y de la Gran Grecia, Nápoles y Tarento, así como también sabían de los éxitos de las Escuadras siracusanas contra los púnicos.

El suceso más antiguo de la historia de la marina romana se remonta al 394, año en el cual una nave romana que se dirigía a Delfos en una embajada religiosa, fue capturada por dos navíos de las islas de Lípari y conducida a puerto; las gentes de Lípari habían confundido a ese barco con un barco pirata etrusco. Después de las averiguaciones, los romanos pudieron continuar su viaje hasta Delfos escoltados por las naves de guerra de las Islas y regresar enseguida a Roma.

Está establecido que al comienzo del siglo IV, en una fecha indeterminada, Roma intenta una colonización en ultramar. Los textos dan a entender que Roma "maniobra en conjunto con

Pyrgi, el puerto de Caeré o bien, utilizando sus propias Flotas". ¿Será esa la expedición que, según Teofrasto, Roma hizo en "otro tiempo" a Córcega con 25 navíos? Por su parte, Diodoro habla de sus 500 colonos enviados por Roma a Cerdeña en el 377.

En el año 349, piratas griegos atacaron la costa del Lacio. Roma, que no debía poseer fuerzas navales en esa época, se contenta con enviar tropas que se oponen con éxito al desembarco; los griegos, faltos de víveres y sobre todo de agua, abandonan las operaciones.

Pero es el ejemplo de la toma de Antium (hoy día, puerto de Anzio) al sur de Roma en el año 348, el más típico. Antium era un reparo de piratas etruscos que los romanos debían reducir por una acción naval, pero fueron los legionarios los que se apoderaron de la flota de Antium.

A pesar de eso, Roma aparecía como una pequeña potencia marítima naciente: la renovación de la alianza cartaginesa en el año 348, el enro-lamiento de los piratas de Anzio, la fundación de una colonia en Ostia, en la desembocadura del



Bajo relieve de una embarcación romana de la época republicana. (Museo de El Vaticano).

² Jacques Heurgon: "Rome et la Méditerranée Occidentale jusqu' aux guerres puniques", PUF, 1980, pág. 110.

Tíber (Ostium Tiberis), donde se construirá un puerto en el año 335, la ocupación militar de la isla de Ponza y de la costa de Campania, muestran que el destino de Roma se jugará en adelante más por mar que por tierra³.

A partir del 311, Roma nombra cada año dos magistrados encargados de la marina (duoviri navales) que estarán a la cabeza de diez naves de guerra cada uno para luchar contra la piratería tirrena. Esas Escuadras no tuvieron mucho éxito: una de ellas intenta un desembarco contra Nuceria, cerca de Nápoles, pero encalló en la costa. A pesar de ello, la ciudad fue tomada por tropas de tierra; en el conflicto entre Roma y Tarento, una de esas Escuadras fue severamente dañada por fuerzas navales adversarias en el año 282.

Los tipos de navíos de guerra empleados por los romanos en sus Escuadras comandadas por los Duoviri Navales nos son desconocidos; se puede suponer razonablemente que se trataba de trirremos (tres niveles de remos) y de penteconteras (navíos de cincuenta remeros). Así, se sabe que en el año 264, al comienzo de la primera guerra púnica, Roma no tenía una marina y debió recurrir a sus asociados (socii navales), a las ciudades de la Gran Grecia y de la Campania: Tarento, Locres, Velia, Nápoles, para tener a su disposición las naves que le permitirán a sus tropas cruzar el estrecho de Messina.

En definitiva, en los años precedentes a la primera guerra púnica, Roma sólo poseía una débil marina militar y sólo una pequeña experiencia marítima, ocupada más que nada en la conquista de la península, conquista en la cual tuvo mejor éxito con su espíritu "terrestre".

J.H.Thiel ha estudiado de una manera profunda las primeras acciones marítimas de los romanos, juzgándolos con mucha severidad y sobre todo sin matices cuando dice que los romanos eran "verdaderos terrestres" y "marinos de agua dulce". Hasta la primera guerra púnica y aún después, fueron marinos torpes y tácticos mediocres a pesar de sus victorias conseguidas gracias a la disciplina más que al conocimiento íntimo del mar o a su sentido táctico.

"El carácter general de la historia romana durante este período (primera guerra púnica) no deja mucho lugar a las acciones navales; no es esta

la historia de una potencia naval, sino de una potencia continental característica, la de un pueblo de agricultores que ha conquistado, paciente y obstinadamente, toda la Italia desde el interior, sin que aparezca una sola vez la Marina de Guerra en el tablero".⁴

Según Jean Rouge, esta concepción "terrestre" del poder marítimo ha llevado a los romanos, que visiblemente no aprendieron verdaderamente de la experiencia de los marinos de la Gran Grecia, a defender su territorio costero por la acción terrestre de las tropas legionaras o por "intermedio de las colonias marítimas situadas en posiciones estratégicas".

Jacques Heurgon hace notar que los intereses navales de Roma se intensifican alrededor de los años 306-302 "por numerosos hechos diplomáticos importantes:⁵ es por esa época que Polibio hace remontar la amistad entre Roma y Rodas, el tercer tratado acordado con Cartago en el 306 que definía las zonas de exclusión respectivas: Roma fuera de Sicilia y Cartago fuera de Italia, y el acuerdo en el 302 entre Roma y Tarento, donde Roma se comprometía a no traspasar el cabo Lacinio por el norte.

La victoria de Roma sobre Pirro en el 275 y su alianza con Tarento en el 272, que fue, junto con Nápoles, obligaba a proveer las naves en tiempo de guerra, hicieron de Roma una potencia mediterránea. Se creó en el 267 el cargo de Quaestores classici, los que no estaban encargados de comandar una flota aún inexistente, sino, más bien, a controlar la movilización de las Escuadras de las ciudades aliadas de Roma, los socii navales.

Se sabe, de acuerdo a Polibio, cómo los romanos construyeron una flota de 100 quinquerremos y 20 trirremos, tomando como modelo para los primeros, un quinquerremo púnico encallado y caído en sus manos. Polibio nos presenta la captura de esta nave como el suceso que determina a los romanos a combatir por mar a los púnicos:

"Si este incidente no se hubiera producido, está claro que, con sólo su inexperiencia, los romanos jamás hubiesen podido realizar sus diseños".

³ Jacques Heurgon, obra citada, p. 337

⁴ J.H. Thiel: "Storia critica di Roma durante i primi secoli". p. 46

⁵ Jacques Heurgon: Obra citada p. 337

A los ojos de ciertos historiadores modernos, como Gilbert Charles-Picard, este suceso de la captura de la nave púnica le parece sospechoso, una "historieta"; cualquiera que sea la génesis de la flota romana, la decisión de constuirarla denota, de parte de los romanos, una firme resolución de combatir a los púnicos en su propio terreno con sus propias armas: el quinquerremo, en el uso del cual son maestros. Eso no es el fruto de un pensamiento naval, sino una forma de estrategia primaria pero eficaz que no tiene el menor elemento constitutivo de esa forma de pensamiento.

Por otro lado, el método elegido para el comando romano para el entrenamiento de los equipos que manejarán el quinquerremo, muestra una sistematización digna de los marinos "materialistas" del siglo XX.⁶

Como lo recalca Jean Rouge "es evidente que el escrito de Polibio glorificando la determinación y el espíritu de iniciativa de Roma, debe ser considerado como algo adornado, pues para sus tripulaciones Roma disponía de sus socii navales, sus aliados marítimos.

La idea que resulta de los estudios de los historiadores contemporáneos es que los ensayos iniciales de la actividad naval de los romanos no deben ser ni exagerados ni minimizados y hay que estar de acuerdo con Polibio en sus escritos que:

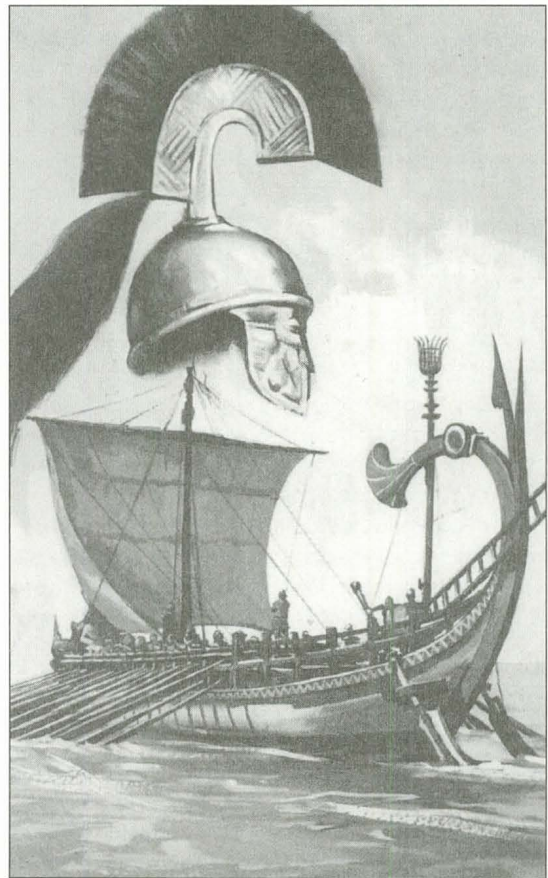
"Se verá la elevación y la audacia del temperamento romano pues no se debe ignorar, cuándo, cómo y por qué los romanos se lanzan por primera vez al mar". (I,20)

Cartago, enfrentada al pequeño poderío continental romano, ejerce su hegemonía entre las Sirtes y Gibraltar, se instalan en Sicilia y en Cerdeña, explota los minerales del sur de España. Cartago es una ciudad de comerciantes y, sobre todo, de navegantes de los mares. Su flota de guerra es poderosa y combativa. Cartago será el enemigo principal de Roma y el obstáculo mayor al imperialismo romano entre el siglo III y mediados del siglo II.

A la luz de las notas de Thiel en su análisis de la primera guerra púnica, es fácil de comprender por qué el pensamiento naval es poco consistente

y por qué una competencia entre las dos marinas era improbable. En efecto, el autor, observando minuciosamente la estrategia de los dos adversarios, dado el sesgo de los eventos de la guerra, hace un juicio de cada uno de ellos:

1.- Roma parece tener a primera vista una estrategia naval poco sólida, incoherente y superficial; en realidad, no se debe únicamente a la falta de tradición marítima, sino a la necesidad; el Senado romano no era libre de hacer lo que le pareciera mejor, pues debía contar con la opinión pública, no sólo de la ciudad de Roma, sino que también de las otras ciudades de Italia: "El mar estaba lejos de ser algo familiar a los romanos, sobre todo que



Tipo de navío de guerra empleado por los romanos.

⁶ La Marina Mercante norteamericana durante la II Guerra Mundial creó en tierra un Centro de Entrenamiento para los Estados Mayores y los marinos que servirían en los "Liberty Ships" donde el personal residía, hacía guardias y actuaba como si estuviere navegando en alta mar.

trataban de evitar el combate naval; si se decidía construir navíos, era Roma quien soportaba los gastos y eran romanos los que debían servir como soldados marinos sobre los bastiones de la flota, pero correspondía a los aliados italianos de Roma conseguir la mayor parte de las tripulaciones y los remeros”.

Thiel estima que en el 259, un año después de la victoria de Milae, los romanos habrían podido lanzar una operación de desembarco en Africa, lo cual no fue posible porque faltaba una nueva flota más numerosa que la precedente. El Senado no habría podido convencer a los romanos, poco conocedores de las cosas navales. La construcción de una nueva flota después de una victoria, les habría parecido absurdo.

De todas maneras, entre el 257 y 256, los romanos construyeron una flota mucho más poderosa que la del año 260, lo que representa el segundo gran programa de construcción de toda la guerra que dura desde el 264 al 241. En fin, fue la puesta en servicio de la flota, enteramente nueva y muy eficaz, la que logró la victoria de las islas Agades bajo el mando de un almirante excepcional, el cónsul Cayo Lutecio Cátulo.

Las enormes pérdidas en vidas humanas y en construcciones debido a las acciones militares o a las tempestades, diezmaron literalmente la población masculina adulta de Roma: Thiel habla del 20% entre el 264 y el 241, alrededor de 50.000 hombres; Roma no pudo reponerse en el mar entre el 249 y 243.

2.- En el caso de Cartago, sin entrar a considerar los errores que cometió en esta guerra, puede decirse que poseía una flota poderosa y eficaz y almirantes hábiles y valerosos. Sin embargo, los cartagineses sufrían de una debilidad que les hacía optar por lo fácil, inclinados a tomar el camino menos difícil y a subestimar a sus adversarios. Cartago, no hay que olvidarlo, era una ciudad de mercaderes apacibles, que deseaban evitar las guerras cada vez que era posible o bien relajaban sus esfuerzos, en tiempos de guerra, cuando el peligro estaba momentáneamente descartado. Thiel habla de la “tranquilidad púnica”, una suerte de torpeza, de parálisis, que se manifiesta por una apatía que les hacía dejar pasar las ocasiones y perder un conflicto en el que debían haber triunfado.

Por añadidura, no podía sustentar a la vez una gran flota y una armada de mercenarios muy numerosa; una consecuencia desastrosa de ese

Estado fue la derrota de una flota púnica mal armada, sobrecargada, con tripulaciones mal entrenadas, enfrentadas a las fuerzas navales romanas en excelente condición a lo largo de las islas Agades en el 241.

Roma, al final de la primera guerra púnica, se transforma en la única potencia naval mediterránea occidental; juega su papel de “fleet in being” (flota en potencia) por durante los sesenta años que separan a la batalla de Agades del comienzo de la segunda guerra púnica. Además, sin que ello sea una premeditada voluntad de expansión marítima, con la posesión de Córcega y Cerdeña, Roma comienza a constituir a partir del Tirreno, un embrión de “Mare Nostrum” pero más como protección de su territorio que como zona de operaciones navales. Thiel recalca que en el curso del siglo II “el poderío romano muestra más y más los síntomas de debilidad a medida que el centro de gravedad se desplaza hacia los excelentes marinos de Pérgamo y sobre todo de Rodas; durante la guerra contra Antíoco, serán las fuerzas navales de Rodas las que ganarán las batallas”.

Thiel concluye: “Durante el reinado de Augusto, no era cuestión de importancia para Roma poseer una marina de guerra permanente; cuando se pensaba que no habría una guerra naval, los romanos no mantenían navíos de guerra armados. Durante casi un siglo y exactamente durante el período de la historia de Roma que corresponde a su mayor expansión, la marina de guerra romana fue casi inexistente”.

Las flotas de los últimos siglos de la República fueron muy diferentes a las de las guerras púnicas. Desde sus inicios, al final del siglo IV, las actividades marítimas de los romanos habían sacado provecho de las experiencias de los griegos y de los etruscos; por otra parte, hay que hacer notar que durante las guerras púnicas, es Roma la que ha armado sus Escuadras con sus propios ciudadanos, construido sus navíos con sus propios artífices y ha puesto a su cabeza un cónsul o un pretor romano. Pero a partir del 200 a.C. Roma hizo descanzar su poder naval sobre sus aliados griegos y, sobre todo, sobre las fuerzas navales de Rodas donde el entrenamiento era excelente.

Las ciudades aliadas de Jonia, Fenicia, de Pamfilia y de Siria proveían a la mayor parte de los navíos de las Escuadras romanas, con excepción de las que construía Roma, que eran armadas con tripulaciones de sus ciudades, si bien las

técnicas navales griegas y orientales se fueron imponiendo más y más en la marina romana, hacia la época de la guerra social (90-88). A los Comandantes en Jefe de esas Escuadras, que eran sobre todo griegos, Roma los subordinaba a los Comandantes de las tropas de tierra, prueba que no había aún comprendido enteramente el papel de una fuerza naval.

Esas disposiciones no impidieron a Mitridato, rey de Ponto, desde la primera guerra que conduce contra Roma entre el 89 y el 85 a.C., hacerse señor del Mar Egeo, lo cual entraña, después de su derrota en el 84, la aparición, por primera vez, de una flota permanente en la historia de la marina romana; en consecuencia, ya no se desarmaron los barcos después de una victoria, como había estado ocurriendo en el pasado. Esta evolución deja presagiar que un pensamiento naval está en gestación y que un embrión de marina imperial se está formando, lo que permite a C.G. Starr decir que:

“Si se nos pide citar un hecho que marque el inicio de la marina imperial romana, este evento será, sobre seguro, la primera guerra de Roma contra Mitridato”.

Otra consecuencia de esa evolución fue la puesta en práctica por Sila, probablemente en el 85, de un plan de defensa de las costas del Asia Menor: las ciudades marítimas de esa región debían construir navíos de guerra y conservarlos en reserva para una utilización futura; eso permite a Roma tener la supremacía del mar durante la tercera y última guerra contra Mitridato (83-82); C.G. Starr observa que era difícil para el estado romano proseguir la realización de un plan a mayor plazo, a causa de los cambios anuales de aquellos que tenían la responsabilidad de su ejecución.

Esta evolución siguió adelante cuando Pompeyo triunfa en sólo tres meses (67 a.C.), al eliminar a los piratas que infectaban casi todas las aguas mediterráneas. Según Plinio (Historia natural, VII, 98), Pompeyo “devolvió la jefatura del mar a Roma” la cual había perdido hasta el punto que los piratas tuvieron la audacia de hundir una flota consular en el puerto mismo de Ostia.

Es la época donde el comportamiento de Roma en el ejercicio del mando en el mar va a comenzar a precisarse y donde la marina romana va a jugar un papel capital en las guerras civiles y, después de ellas, en el Imperio. Las guerras

contra Mitridato y la rápida campaña contra los piratas habían mostrado la importancia del poder naval, que había estado olvidado después de las guerras púnicas. F.E. Adcock subraya que “en los momentos más difíciles de su campaña, Pompeyo se apoyaba en el poder naval y Cesar tenía confianza en el mar; en las situaciones graves, la última palabra está en el mar”. Hace alusión a las operaciones alrededor de Dyrrachium (Durazzo), donde la muy poderosa flota de Pompeyo fue puesta en jaque por las fuerzas cesarianas. Se tiene allí una prueba suplementaria de que el ejercicio del poder naval era considerado, por los generales romanos, como un testimonio de victoria.

Durante la guerra civil, las flotas llegaron a ser más y más poderosas; Pompeyo, pidiendo ayuda a las ciudades marítimas de Asia, logró reunir una fuerza de alrededor de 300 navíos, a comienzos del año 48. Será Sextus Pompeyo, hijo del gran Pompeyo, quien, poseyendo la supremacía del Mediterráneo occidental, atacará el reavituallamiento en granos de Roma al descender por las costas italianas con un pillaje en regla, entre el 40 y el 42 a.C.

En el año 38, el futuro Augusto y Agrippa, su consejero militar y técnico, construirán una flota de 400 naves que triunfará contra la de Sextus Pompeyo en Milae, en el año 37; en Nauloque, el 36 y, finalmente, en Actium, en el año 31. Esta fuerza naval será la base de la futura flota imperial. Vemos aquí un esbozo ya bastante avanzado de un pensamiento naval, donde Octavio, el futuro Augusto, representa la parte política y estratégica y Agrippa, la colaboración técnica y sobre todo táctica. (Por algo fue el inventor del “harpax”, especie de ancla o gancho que se lanzaba por medio de una catapulta para mantener abarloado el buque enemigo), y fue honrado por el nuevo César con una corona naval, distinción que jamás se le había concedido a nadie y se otorgaba desde entonces al primero que pisara en el combate la cubierta enemiga.

A esta flota le hacía falta una base naval que, curiosamente, fue elegida en el año 37 en la Provincia, en Forum Julii (Frejus) donde fue construida una parte de la flota; un puerto militar fue creado luego más cerca de Roma, en Portus Julius en el golfo de Puteoli (Pouzzoles) y un centro de entrenamiento se estableció en el lago Averne, que ocupa un cráter perfectamente abrigado de todos los vientos.

El pensamiento naval embrionario de la época republicana, debió en un principio ser consecuente con una concepción racional de la división de las tareas durante un conflicto; Roma dejaba en manos de los aliados de las ciudades marítimas la preocupación de las operaciones nava-

les, mientras que las operaciones de tierra le correspondían por derecho a los romanos. Curiosamente la misma división de tareas apareció en el siglo XX en los conflictos donde las hegemonías marítimas de Gran Bretaña y de los Estados Unidos se vieron implicadas conjuntamente.

BIBLIOGRAFIA

- 1.- War and Imperialism in Republican Rome (327-70 BC) por William V. Harris. Clarendon Press-Oxford 1979; Printed and bound at William Clowes & Sons Limited, Beccles and London.
- 2.- Roma y la conquista del mundo Mediterráneo (264-47 a.C.), Tomo 2: La génesis del Imperio por Claude Nicolet: Editorial Labor S.A., Calabria, 235-239 Barcelona, 1984.
- 3.- Declaring War in the Roman Republic in the period of Transmarine Expansion por J.W. Rich. Collection Latomus, Volume 149; Latomus, Revue D'Etudes Latines; 60, Rue Colonel Chaltin, B. 1180 Bruxelles, 1976.
- 4.- Rome et la Méditerranéa occidentale jusq'aux guerres puniques por Jacques Heurgon; Nouvelle Clío: L'Histoire et ses problémes, 3e. edition, Mai 1993.
- 5.- L'Evolution de la pensée navale III por Hervé Coutau-Begarie; Centre D'Analyse Politique Comparés; Foundation pour les études de Défense Nationale (FEDN), Paris 1993.
- 6.- El helenismo y el auge de Roma (El mundo Mediterráneo en la Edad Antigua II) por Pierre Grimal; Historia Universal Siglo XXI, Tomo 6, 13a. Edición 1992.
- 7.- La formación del Imperio Romano (El Mundo Mediterráneo en la Edad Antigua III) por Pierre Grimal; Historia Universal Siglo XXI, Tomo 7, 13a. Edición 1991.
- 8.- El Imperio Romano y sus pueblos limítrofes (El mundo Mediterráneo en la Edad Antigua IV) por Fergus Millar; Historia Universal Siglo XXI, Tomo 8, 12a. Edición 1988.
- 9.- Historia Universal durante la República Romana por Polibio de Megalópolis, tres tomos, Editorial Iberia S.A., Muntaner 180, Barcelona, España 1968.
- 10.- A History of Sea Power, por William Oliver Stevens y Allan Westcott; Doubleday & Company Inc., Garden City, NY. 1942.
- 11.- Historia de las Civilizaciones Antiguas, por Arthur Cotterell, Editorial Critica, Grupo de Editores Grijalbo, Barcelona, España 1985.
- 12.- Roman declaration of War in the Third and Second Centuries por F.W. Walbank, artículo contenido en el Volumen XLIV (January- October, 1945) de la publicación "Classical Philology" impreso por la Universidad de Chicago, Chicago, Illinois.